

+ 13-09-1994

INSPECTORIA SALESIANA «MARIA AUXILIADORA» S E V I L L A

Queridos hermanos:

Con profundo dolor por la enorme pérdida que supone para nuestra Inspectoría, pero con inmenso gozo y alegría porque se encuentra ya en la Casa del Padre, os comunico la muerte de nuestro querido hermano

D. FRANCISCO JAVIER MONTERO GUTIÉRREZ

el día 13 de septiembre de 1994, a los casi cien años de edad, 75 de sacerdocio y 83 de Profesión religiosa.

Era el salesiano más anciano de toda la Congregación. Así lo afirma el Rector Mayor en la carta con que le felicitó al entrar en su año centenario, el 16 de Noviembre de 1.993: «Sé, por el Secretario General, le decía, que es Vd. actualmente el salesiano de más edad de todo el mundo».

Hasta última hora conservó D. Javier una lucidez de mente envidiable, mientras su cuerpo se iba poco a poco desgastando más por el tiempo que por enfermedad alguna. Al final, su gran corazón, cansado y agotado, dejó de latir un día del mes de Septiembre, el 13, de este año de 1.994, en un pueblecito de Salamanca, El Bodón; allí solía retirarse a descansar por consejo de su médico particular D. Manuel Reyes Godoy, antiguo alumno suyo de Utrera que, junto con su sobrina Srta. América Montero, le prodigaron solícitos cuidados en los últimos años de su vida. Su trato exquisito, su solicitud



amorosa, su cariño entrañable, lograron el milagro de prolongar su existencia hasta los umbrales de los cien años. Para ellos nuestra gratitud más sincera y nuestro más agradecido reconocimiento. Que el Señor les pague con creces tanta entrega solícita y tanto desinteresado sacrificio.

Nos escribe D. Jesús González, en carta del 31 de Octubre: «Visité a D.Javier un mes antes de morir. Decaído, desmemoriado y casi sin vista. Me reconoció por la voz. Se paseaba muy unido al Señor, rezaba mucho y se preparaba al paso definitivo que presentía».

Era D.Javier una figura gigante de nuestra Inspectoría, una reliquia viviente de los primeros años. Había conocido al primer Inspector, D. Pedro Ricaldone, y a los salesianos de los primeros tiempos que supieron sembrar, con tanto arraigo, el espíritu salesiano en nuestra tierra andaluza. Con él ha muerto el último eslabón que nos unía a nuestras raíces primigenias. Por eso su pérdida es una pérdida irreparable.

DATOS BIOGRÁFICOS

Nació D. Javier en Villar del Ciervo, provincia de Salamanca, pero diócesis de Ciudad Rodrigo, el día 3 de Diciembre de 1.894. Sus padres, Emiliano y Bonifacia, le educaron en un clima de piedad y fervor intensamente cristianos. Allí nació, primero, la vocación sacerdotal de su hermano Eloy y, después, la suya.

Pronto, a muy corta edad, perdió al padre y a la madre, quedando al cuidado de su hermano sacerdote.

Entró en el Seminario de Ciudad Rodrigo, donde, durante tres años, realizó los primeros estudios de Humanidades.

El 29 de Septiembre de 1.909, cuando aún no ha cumplido los quince años, entra en nuestra Casa de Ecija como aspirante. Su Director, D. Juan Domínguez, dice de él, al término del aspirantado: «Conducta moral y escolástica OPTIME. Ejemplar y de buenas disposiciones para el estudio».

Debido a los estudios hechos en el Seminario de Ciudad Rodrigo, pasa al año siguiente al Noviciado de San José del Valle. Allí recibió la sotana de manos de D. Pedro Ricaldone, Inspector entonces de Andalucía. El 8 de Septiembre de 1.911 coronaba su Noviciado con la Profesión religiosa ante el nuevo Inspector D. Antonio Candela.

Tras dos años de estudios de Filosofía, pasa a la Casa de Utrera en 1.913. Aquí permanecerá veintiséis años seguidos, hasta 1.939, excepto el curso 1.925-26 que lo pasó en la Casa de la Trinidad, de Sevilla.

Hizo la Profesión Perpetua en Utrera el 24 de Agosto de 1.917 en manos de D. Esteban Giorgi. Allí mismo estudia la Teología. Recibe las Ordenes menores en Sevilla, el Subdiaconado en Cádiz y el Presbiterado en Sevilla el día 14 de Junio de 1.919 de manos del Cardenal Almaraz.

Su estancia en Utrera se puede resumir así: ocho años Maestro y Asistente, uno Catequista, ocho años Consejero Escolástico y otros ocho Director. Mientras tanto, ha realizado con éxito sus estudios de Magisterio y ha frecuentado la Universidad, licenciándose en Ciencias Químicas. Llegó a Utrera con 18 años y salió con 45. Por eso, Utrera será siempre su Casa. Utrera le marcó el alma y él dejó en Utrera la impronta indeleble de su gran personalidad.

Al advenimiento de la República, el año 1.931, visto el cariz antirreligioso que va tomando la vida pública, con la quema de conventos, las leyes anticatólicas sobre la enseñanza y la vida religiosa, y las dificultades cada vez mayores para poder sostener los Colegios católicos, el Rector Mayor envía a España a su Vicario D. Pedro Ricaldone.

Reunido en Utrera con todos los Directores, nombra Inspector de la Inspectoría Bética al entonces Director de Utrera D. Sebastián M. Pastor.

Se necesita un Director para Utrera. Y no puede ser un hombre cualquiera. D. Pedro no encuentra otro hombre más apto que D. Javier.

«El nuevo Director, dice Ángel Martín en su obra «Los Salesianos de Utrera en España», era un hombre todo nervio. Si hubiera que resumir su vida de aquellos años en una sola palabra, ésta sería: DINAMISMO. No actividad ineficaz y dispersiva, sino fuerza arrolladora en el trabajo tanto material como espiritual».

Se necesitaba en aquellos momentos difíciles un hombre de la talla, la personalidad y el coraje de D. Francisco Javier. Su don de gentes, su habilidad y prudencia, su prestigio científico le hacían el hombre más apto para ocupar aquel puesto.

Y triunfó en toda la línea. Para hacer frente a las leyes antieclesiásticas, creó la Mutua Escolar Utrerana, asociación aconfesional, dirigida por los Padres de Familia. «Hizo con ella un contrato formal de arrendamiento de las aulas, patios, locales y material docente del Colegio para que la Asociación lo empleara legalmente» (Ángel Martín).

Ellos pasaron a ser los verdaderos dueños del Colegio y los salesianos simples empleados. De este modo soslayó la legalidad vigente. Lo imitaron después todos los Colegios. Alentó el Asociacionismo juvenil en torno a la figura de Domingo Savio. Eran tiempos difíciles y necesitaban los jóvenes modelos heroicos de imitación. Adelantándose a los tiempos, dio un impulso enorme a la Asociación de Padres de Familia. Promovió, con vigor inusitado y venciendo mil dificultades, las colonias veraniegas para niños pobres.

Levantó, para los niños más necesitados de Utrera, un gran pabellón, capaz para cuatrocientos alumnos, al que llamó «Escuelas gratuitas de San Diego», en memoria del fundador del Colegio. Celebró por todo lo alto y a pesar del ambiente hostil existente, las fiestas de la Canonización de Don Bosco con la presencia del Cardenal Ilundain y la asistencia de innumerables antiguos alumnos.

Es de todo punto imposible exponer en este breve recorrido histórico, la labor incansable y el trabajo gigantesco desarrollado por D. Javier en Utrera en aquellos años, quizás los más difíciles de la Historia de la Congregación Salesiana en España. Hizo del Colegio de Utrera un modelo de Centro Educativo moderno, que llevó el nombre de la ciudad por toda Andalucía y por toda España.

El pueblo de Utrera quiso reconocer y agradecer de alguna manera aquella inmensa labor de D. Javier nombrándolo Hijo Adoptivo de la ciudad.

De allí pasó, el año 1.939, a dirigir la Casa de Alcalá de Guadaira. Permanecerá cinco años, hasta 1.944.

Alcalá era y es una Casa más pequeña y más familiar, pero sufrió en toda su amplitud los horrores de la guerra. Hay que reconstruirla casi por completo; ha sido devastada, saqueada e incendiada. Son los tiempos

angustiosos de la postguerra, años difíciles, de penuria y pobreza extremas. D. Javier no se arredra.

A pesar de todas estas dificultades, cuando D. Javier se marche en 1.944, dejará el Colegio como nuevo, reconstruido y rehecho como si la tea incendiaria de la guerra no hubiera pasado por allí.

No solo ha reconstruido la paredes, las aulas y el edificio casi en su totalidad, sino, sobre todo, ha reconstruido las almas y los corazones destrozados por los odios y rencores que toda guerra civil conlleva. Ha dejado, como herencia, un Colegio Salesiano modelo, donde la familiaridad entre salesianos y alumnos, la unión entre el pueblo y el Colegio serán, desde entonces, el mejor fruto de su trabajo. Aún hoy se palpa el amor y el cariño que el pueblo entero siente por D. Javier.

Y de Alcalá, a Córdoba. En septiembre del 44 llega D. Javier, como Director, a la Casa de Córdoba. Su estancia se prolongará hasta el año 1.950. Seis años.

Cedemos la palabra al historiador de aquella Casa D. José Díaz Cotán en su obra «La Familia Salesiana en Córdoba». Comienza haciendo una sincera declaración que le honra:

Si queremos ser sinceros, el gran artífice de la ampliación del Colegio fue, el primero, D. Francisco Javier, que empezó prácticamente de cero y en los años más difíciles en punto a la economía de nuestra historia contemporánea... se lió la manta a la cabeza, salió por esos mundos de Dios y seis años después, el Colegio cambió de aspecto».

Construyó, entre otras muchas cosas, «un pabellón perpendicular a la Iglesia y al Teatro y paralelo a la calle María Auxiliadora». Y sobre todo, «el gran pabellón para ubicar allí todo el Bachillerato con un campo de fútbol adosado a él, con graderío para los espectadores».

El aumento de alumnos fue espectacular. En 1.947 ya pasaban del millar, y mucho más espectacular fue el crecimiento enorme del prestigio del Colegio en toda la provincia y más allá de ella, por la educación impartida y los frutos alcanzados.

Cuidó con mimo a los Antiguos Alumnos, al Círculo Domingo Savio, a la Archicofradía de María Auxiliadora, como entonces se le llamaba a las ADMAS, dándoles a todos un impulso extraordinario.

Terminamos su estancia en Córdoba con las palabras de D. José Díaz Cotán: «Tenemos que reconocer que D. Francisco Javier Montero llegó a Córdoba algo contrariado. Dejaba la Casa de Alcalá que él había rehecho totalmente y donde era universalmente apreciado y admirado. Llegaba a Córdoba hacia lo desconocido y no se le ocultaba que se le pedía un gran sacrificio. D. Javier aceptó el reto y triunfó en toda la línea».

El 18 de Septiembre de 1.950 abandonaba calladamente la ciudad de los Califas y se hacía cargo, en Extremadura, de las obras de Puebla de la Calzada (Badajoz), fundación que los hermanos Gragera Amigo, D. Diego y Dña Dolores, habían confiado a la Inspectoría de Sevilla.

Las obras, que deberían haber comenzado en Septiembre de 1950, no pueden comenzar hasta Junio del 51, debido a las ingentes y numerosas dificultades con que tropieza D. Javier.

El sigue siendo el de siempre: dinámico, emprendedor, impaciente. Con su larga y ardua experiencia, sabe hacer frente a todo sin perder jamás la calma. No salen las cosas como él quisiera. Y así lo expresa en sus cartas: «Aquí me tiene enfrascado en estas obras más de lo que quisiera. Ojalá me sirvan para algo en el cielo», escribe en carta del 8-2-52 a D. Luis Hernández Casado, que ha sido hasta entonces el verdadero artífice de la fundación. «Qué difícil está resultando todo. De buena se libró Vd.», le vuelve a decir el 1-8-52. Y ya en el 53: «Este final va resultando muy duro y espinoso».

Escribe el Cronista de Puebla de la Calzada: «Durante el tiempo de las obras fue a D. Francisco Javier Montero al que le tocó pasar mil dificultades por falta de dinero, y de materiales, que estaban racionados en aquellos tiempos».

Por fin el 8 de Julio de 1.953 se constituye la primera Comunidad de Puebla de la Calzada con D. Francisco Javier como Director.

Al mismo tiempo es nombrado también Ecónomo Inspectorial. Simultanea ambos cargos hasta 1.958. En realidad sólo se ocupó de supervisar y dirigir las construcciones de aquellos años: la remodelación de la Casa de San José del Valle y la erección del Teologado de Posadas (Córdoba).

En Puebla D. Javier tiene que improvisarlo todo. Esto lo ha hecho ya varias veces. Sabe cómo hacerlo y no le sorprende. La inauguración oficial la hace el Rector Mayor D. Renato Ziggiotti el día 22 de Octubre en visita rápida camino de Portugal.

D. Javier sabe dar sabor salesiano a todo lo que hace. En el pueblo todo es novedad, sobre todo las fiestas salesianas. La Comunidad vive unida a su Director y el Director sabe crear un espíritu de familia admirable entre todos. Los anima en su trabajo diario y en su ejemplo de entrega de cada día.

En el Colegio falta de todo. No hay local apropiado para actos recreativos, veladas, etc., y tienen que ir al cine del pueblo. Las obras no están rematadas del todo, pero no importa, en los salesianos hay ilusión y entusiasmo, porque el Director les empuja con su ejemplo.

Cuando D. Javier, en el año 1.955, abandona la Casa, ha dejado sólidas bases y ha sembrado, en tierras extremeñas, una semilla de salesianidad que dará pronto frutos abundantes con la apertura de las nuevas Casas de Mérida y Badajoz.

En Septiembre del 1.955 D. Javier pasa, como Director, al Colegio Mayor San Juan Bosco de Sevilla, donde va a permanecer nueve años, hasta 1.964.

El Colegio Mayor «San Juan Bosco» es una obra salesiana de primer orden y de gran responsabilidad: por sus moradores, 130 jóvenes universitarios; por su proyección social: formación de cuadros dirigentes para la sociedad; por su prestigio entre la intelectualidad sevillana.

Pero D. Javier se mueve aquí como pez en el agua. Está en su elemento. Tiene en Sevilla un número incontable de Antiguos Alumnos suyos que ocupan puestos de gran relieve en la sociedad sevillana. Tiene ya 61 años y sigue, a su edad, con el mismo espíritu emprendedor del primer día. Parece que no han pasado los años por él.

Ampliará el Mayor con dos grandes construcciones: una cómoda y amplia Capilla, de nuevo estilo, y un Salón de Actos proporcionado y eficiente.

Ambas construcciones eran de gran necesidad y D. Javier, con su gran fe en María Auxiliadora, acometió las obras sin calibrar el compromiso que contraía consigo mismo, con los universitarios y con la Inspectoría. Y, como siempre, salió airoso de tan tremendo desafío.

Pero lo mejor de D. Javier en el Colegio Mayor fue su habilidad y finura para ganarse los corazones de los universitarios. Su amplitud de miras y su espíritu abierto fueron el espejo donde pudieron mirarse todos ellos, para copiar la grandeza de ánimo de aquel hombre excepcional. Así fue día a día creando una pléyade de hombres que, desparramados hoy por la geografía andaluza y extremeña, llevan en lo más íntimo de sí mismos el poder decir con orgullo que son honrados ciudadanos y buenos cristianos, como los quería Don Bosco.

Al terminar los nueve años en la misión encomendada, en 1,964, D. Javier va a cumplir los 70 años, y va destinado a Mérida a prestar nuevamente a los hermanos el servicio de Director. Vuelve a la tierra extremeña, donde tanto le aprecian y quieren y volverá a ser, a pesar de sus años, el mismo de siempre.

La Casa se había inaugurado hacía cuatro años, en 1.960. Va a ser su segundo Director. El primero, el inolvidable D. Manuel María Martín, había puesto los cimientos de una gran obra. Ha tenido que hacer grandes esfuerzos económicos. Cuando llega D. Javier aún queda mucho por pagar, y será él quien buscará dinero por todas partes, llamará a todas las puertas en busca de ayuda y, al final, cuando se marche, dejará la economía del Colegio saneada. Y tiene más de setenta años.

Será también él quien le dé a la Casa, recién estrenada, el impulso definitivo.

Pero los años no pasan en balde. Se siente ya cansado y agotado. Ha sido mucho lo que le ha dado a la Inspectoría. El esfuerzo continuo, el trabajo incesante, el agobio de cada día, aunque el corazón siga joven, hacen que tenga que desear el descanso merecido.

Y le llega en 1.968, cuando tiene ya 74 años. Es destinado a la Casa de Puebla de la Calzada como Confesor y Director Técnico del Colegio.

Aquí empieza ya su última etapa, una larga etapa, hasta su muerte. En ella, perteneciendo siempre a la Comunidad de Puebla, pasa largas temporadas en casa de su hermano Eloy, sacerdote. Entre Puebla y Madrid van transcurriendo los días y los meses y los años.

Desde entonces, en la Comunidad será siempre el abuelo cariñoso, querido y mimado por todos. Conserva una lucidez de mente extraordinaria y es, por tanto, un estupendo consejero del Director de turno, un Confesor deseado por todos: religiosas, fieles y hermanos, y un consultor privilegiado para toda clase de situaciones. Su gran experiencia y su gran corazón le facilitan el consejo oportuno y atinado. Todos le veneran y le consideran una verdadera y extraordinaria reliquia inspectorial. Un gran don para la Casa y la Inspectoría.

En Madrid le atiende su sobrina América y vigila su salud el Dr. D. Manuel Reyes Godoy. Lo hacen con toda la esplendidez y cariño que pueden, pero él añora la vida de Comunidad y la presencia de los hermanos. Por eso, de cuando en cuando los visita en Puebla y aprovecha su estancia para interesarse por la marcha de la Inspectoría.

Poco a poco va deteriorándose su salud sin padecer enfermedad determinada alguna. Va debilitándose cada día más su vista cansada hasta llegar a tener grandes dificultades en la visión. Por eso, necesita descanso, reposo, tranquilidad. Lo logra, y abundantemente, en la paz y calma de la villa de El Bodón, cercana a Ciudad Rodrigo. Allí se traslada con frecuencia y es allí, donde el 13 de Septiembre pasado se le paró el corazón, cansado de tanto esfuerzo y de tanto dar y dar, sin pretender otra cosa que la benevolencia y misericordia del Padre que está en los cielos. Pasó a sus brazos sereno y tranquilo, porque llevaba mucho tiempo preparándose para ello.

SU PERSONALIDAD

Imposible desarrollar, como se merece, una personalidad tan rica y compleja.

D. Javier era un hombre de horizontes universales, abierto a todo ideal noble y a toda obra grandiosa. Dotado por el Señor de cualidades

excepcionales, supo siempre vivir adelantándose a su tiempo. A pesar de sus años, le inquietaban profundamente los problemas de la Iglesia, de la Congregación, de la Política. Estaba al tanto de cada uno de los problemas diarios, de los acontecimientos más comunes. Fue siempre un hombre inquieto y preocupado.

Como Superior, supo ser un padre para sus hermanos, derrochando entrega y cariño, un guía experto y un maestro aventajado. Su trato exquisito y su cuidadosa solicitud le ganaba los corazones.

Como Director de un Centro Educativo, fue un hombre recio, recto y dinámico, con extraordinarias dotes de gobierno y prudencia, que le valieron para unir voluntades y lanzarlas a la realización de obras grandes. Trabajador incansable, emprendió, confiado en María y en la ayuda de la Providencia divina, obras de gran envergadura, sin miedo a nada ni a nadie. En todas las casas por donde paso dejó huellas profundas de su espíritu emprendedor.

Solía ser seco y duro con sus alumnos, pero luego le traicionaba su corazón bondadoso. «Era, escribe uno de sus antiguos alumnos, D. Manuel Florido, todo un carácter, pero, al final, siempre triunfaba la nobleza de gran corazón. Si alguna vez existió alguna salida de tono, al llamar al afectado a su despacho y tras pedirle perdón, le hacía regresar con los bolsillos llenos de caramelos».

Fue, en su tiempo, un Profesor fuera de lo corriente. D. Juan Moya, ilustre abogado del Colegio de Abogados de Sevilla y antiguo alumno suyo, llama a sus clases «inolvidables clases de Física y Química», en un artículo publicado en el ABC de Sevilla, a raíz de su muerte. Fue innumerables veces felicitado en la Universidad de Sevilla por los triunfos de sus alumnos, logrando forjarse así un prestigio que vio aumentarse en gran manera cuando varios de ellos lograron alcanzar cátedras universitarias.

Pero, por encima de todo, D. Javier fue un ejemplar sacerdote salesiano. Poseía una espiritualidad profunda y sentida, alimentada y enriquecida por la meditación constante de la Palabra de Dios. Escribe D. Rafael Alfaro, Director del Boletín Salesiano, en la semblanza que hace de él en el número de Noviembre: «Profundamente sacerdote, gozaba en la celebración de la Eucaristía y en el rezo del Oficio divino. Las cartas que

escribía están llenas de salpicaduras bíblicas, fruto de su lectura y meditación de la Palabra de Dios. En su misión pastoral era un hombre siempre vencido por la bondad. En ello mostraba un espíritu esencialmente salesiano. Amaba a Don Bosco con todo su ser. Seguía todo lo salesiano con amor. Sin dejarse vencer por la nostalgia, daba gracias a Dios por la misión salesiana, abierta a todos los frentes apostólicos del mundo. Se sentía solidario del trabajo pastoral y educativo que consideraba como algo que le pertenecía».

Amaba a la Congregación apasionadamente y a la Inspectoría como a su propia madre. Casi la había visto nacer. Sufrió en su propia carne los zarpazos de la guerra civil. Y gozó cuando, tras la guerra, vio el resurgir de la Congregación en España. Gastó toda su vida en bien de la Inspectoría, como reconoce el mismo Rector Mayor en la carta antes citada: «Me uno a Vd. para dar gracias al Señor por el regalo de su larga vida a Su servicio en la Congregación, por todo el bien que ha hecho a miles de alumnos y amigos».

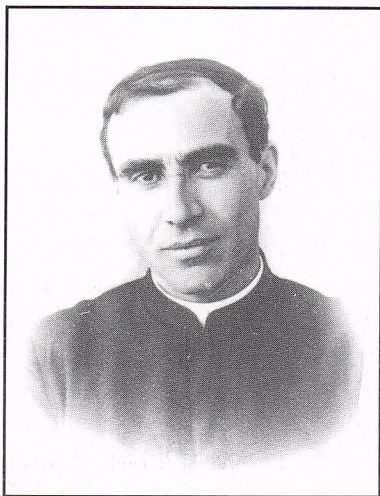
Y corrobora también D. Jesús González en su carta: «Siendo yo Director (en Puebla), mantuve bastante correspondencia con él... se interesaba por nuestro trabajo, pedía por nosotros... era fiel en escribirnos siempre con ocasión de la Navidad o en las fiestas de San Juan Bosco y María Auxiliadora... Durante varios veranos, le visité, camino de mi pueblo, al pasar por El Bodón; siempre se interesaba por todo y por todos: los cambios, las altas, las bajas, las vocaciones, el bien de la Congregación».

Y amaba, finalmente, con todo el amor de que era capaz, a nuestra Madre Auxiliadora. Dice D. Juan Moya: «Supo inculcarnos, sobre todo, la devoción mariana, bajo la advocación específica de María Auxiliadora, la Virgen de Don Bosco... El Señor le tendrá en su gloria, llevado de la mano de nuestra Madre María Auxiliadora, a la que tanto nos enseñó a querer y que tan profundamente llevamos en el fondo de nuestro ser». Rezaba todos los días el Rosario y, en los últimos años de su vida, se le veía siempre con él entre las manos, mientras sus labios no se cansaban de musitar el Ave María.

Queridos hermanos: Tenemos que terminar. Las Inspectorías Córdoba y Sevilla se sienten huérfanas con la muerte de D. Javier. Hemos perdido un padre y un gran amigo, pero sabemos que, a estas horas, él está gozando de Dios en el cielo, en compañía de tantos santos salesianos que le precedieron, como premio a lo mucho que amó a los jóvenes y a lo mucho que trabajó por el Reino. Quiera el Señor, en su infinita bondad, mandarnos, de vez en cuando, vocaciones de la talla de D. Javier.

CIPRIANO GONZÁLEZ, INSPECTOR

Sevilla, diciembre 1994



Datos para el Necrologio

FRANCISCO JAVIER MONTERO GUTIÉRREZ, nació en Villar del Ciervo (Salamanca), el 3 de Diciembre de 1.894.

Murió el 13 de Septiembre de 1.994, a los cien años casi de edad, 75 de sacerdocio y 83 de Profesión religiosa.